

La Andalucía profunda de Roberto Arlt

Arlt siempre defendió que la escritura literaria debía ser espontánea y sincera.

FRANCISCO FUSTER

ROBERTO ARLT, *AGUAFUERTES ESPAÑOLAS*, PRÓLOGO DE FERNANDO IWASAKI, RENACIMIENTO, SEVILLA, 2015.

Roberto Godofredo Christophersen Arlt (1900-1942), más conocido —o tal vez habría que decir, desconocido— para el gran público como Roberto Arlt, fue víctima del destino por partida doble. De entrada, tuvo la desgracia de morir muy joven, en plena madurez vital y creativa. Y desde el punto de vista de la historiografía literaria, tuvo la “mala suerte” de coincidir en el espacio y en el tiempo con el autor más destacado de su generación, además —y aquí reside la fatalidad de esta coexistencia— de un genio de la literatura universal del siglo XX: Jorge Luis Borges. Arlt y Borges han sido estudiados como las dos caras de una misma moneda, surgidas al calor del efervescente Buenos Aires de la primera modernidad y las vanguardias artísticas; el del notable crecimiento urbano y demográfico de los años veinte y treinta del siglo pasado.

El mismo Buenos Aires donde nacieron dos tendencias que, sin llegar a estar nunca enfrentadas *de facto*, rivalizaron por imponer su cosmovisión del mundo y, sobre todo, su concepción de lo que debía ser el arte. El nombre de Borges está desde siempre ligado al grupo de Florida, formado por una serie de artistas que desde el café La Richmond, y usando como plataforma de difusión la célebre revista *Marín Fierro*, con sede en la famosa calle Florida, trataron de facilitar la entrada de las vanguardias llegadas de Europa —surrealismo, dadaísmo, ultraísmo— en la poesía y la literatura argentina del momento. Opuesta a esta visión del arte más elitista y estetizante, se situó muy pronto la facción de Boedo, integrada por otro conjunto de artistas que orbitaron en torno a la Editorial Claridad, sita en el número 837 de la calle Boedo. Frente al virtuosismo del lenguaje y el estilo propugnado por Florida, Boedo se vinculó desde el principio al incipiente movimiento obrero porteño y a las clases trabajadoras de la ciudad, reivindicando su ideología izquierdista y su apego a la temática social. La cercanía de Arlt a este segundo grupo ha hecho que parte de la crítica haya visto en Arlt y en Borges, en Boedo y Florida, la lucha dialéctica entre dos formas distintas de entender la realidad cultural de la Argentina contemporánea.

A diferencia de lo ocurrido con el caso de Borges, cuyo temprano e indiscutible éxito le granjeó infinidad de elogios (excepción hecha del Premio Nobel) y le colocó en un lugar destacado en el Olimpo de las letras, en el caso de Arlt no fue hasta después de su muerte y de la superación del mito que sobre su figura se había construido, cuando la obra arltiana empezó a ser valorada y leída como lo que es: una de las más originales de la historia de la literatura argentina. El motivo de este desprecio inicial no es otro que la condena de la crítica más exigente a un estilo realmente heterodoxo, en ocasiones algo tosco y siempre alejado de la retórica y la artificiosidad. Y es que, como escritor autodidacta y forjado en el periodismo de trinchera, Arlt siempre defendió —y predicó con su ejemplo— que la escritura literaria debía ser espontánea y sincera, de forma que cada párrafo o página tuviese “la fuerza de un *cross* a la mandíbula”. Paradójicamente, o tal vez no tanto, la justicia poética ha querido que con la obra arltiana haya sucedido

algo parecido a lo ocurrido en España con la de Pío Baroja, con quien el argentino comparte muchas cosas. Ambos fueron acusados de escribir mal, de carecer de estilo y de no observar mínimamente las convenciones de la gramática y la retórica. Sin embargo, hoy son recordados y valorados por la misma razón: por haber sido capaces de crear un estilo personalísimo y reconocible. Son precisamente los “defectos” de su escritura, esa frescura y agilidad tan características, lo que confiere a sus respectivas obras un halo de modernidad perenne que les acerca al público de todas las épocas, confirmando su vigencia y actualidad.

Desde el punto de vista de su obra de ficción, Arlt es conocido fundamentalmente –mucho más en América Latina que en Europa, donde todavía está por descubrir en muchos sentidos– por algunas de sus más celebradas novelas (*El juguete rabioso*, 1926; *Los siete locos*, 1929; *Los lanzallamas*, 1931; *El amor brujo*, 1932), por sus decenas de cuentos –algunos de ellos de un factura magistral– recogidos en varios volúmenes (*El jorobadito*, 1932; *El criador de gorilas*, 1941; *Un viaje terrible*, 1941), y –en menor medida – por sus piezas de teatro (*300 millones*, 1932; *Prueba de amor*, 1932; *Saverio el cruel*, 1936). A esta importante producción literaria hay que añadir una vasta y variada obra periodística, agrupada en sus famosas series de “aguafuertes” (las más conocidas son sus *Aguafuertes porteñas*, reunidas y publicadas en 1933), de las que la editorial sevillana Renacimiento acaba de reeditar, con prólogo de Fernando Iwasaki, una pequeña selección bajo el título de *Aguafuertes españolas*. Y digo reeditar porque se trata de una antología clásica que data de fecha tan lejana como 1936 (reeditada en 1993); una selección de los artículos publicados en el diario porteño *El Mundo* durante un viaje que hizo por España –donde desembarcó en abril de 1934– y que le llevó a recorrer buena parte de la Península (Andalucía, Galicia, Asturias, País Vasco, Madrid y Barcelona) y algunas ciudades del norte de África. En concreto este volumen recoge las aguafuertes dedicadas a Cádiz, Sevilla, Tánger, Tetuán y Granada, por lo que, más que españolas (al haber respetado en su integridad ese corpus textual de 1936, se ha mantenido un título que, si bien tuvo sentido cuando el libro apareció en Buenos Aires, ahora puede despistar), lo

que el lector encontrará en estas páginas son estampas costumbristas de la realidad marroquí y, sobre todo, andaluza, de los años correspondientes al periodo de la Segunda República, a la que el argentino no hace ninguna referencia (sí las hizo, y por extenso, en las aguafuertes que escribió durante su estancia en Madrid).

Al llegar a nuestro país, Arlt percibió de inmediato que la imagen fascinante y turbadora de España que se había formado a partir de sus lecturas no se correspondía en absoluto con una realidad mucho menos glamurosa. De Cádiz le llamó especialmente la atención el jolgorio de sus gentes y esa proverbial guasa con la que los gaditanos le recibieron y le trataron, incluso cuando, estando de visita en Barbate, tuvo una inolvidable y negativa experiencia a bordo de una trainera con la que salió de noche a pescar sardinas. A esta jovialidad de los barbateños, opone el carácter más retraído de los habitantes de Vejer de la Frontera, pueblo volcado en las labores del campo y del que destaca, por su majestuosidad, los molinos de viento que le recuerdan, inevitablemente, a Cervantes. Cierra el primer capítulo un extenso reportaje –el capítulo más largo del libro– sobre la Semana Santa que vivió en Sevilla, donde, como un extranjero más, se dejó envolver por la parafernalia de un ritual que, en su opinión, tenía mucho más de lujo oriental que de moderación cristiana: “¡El esplendor de Arabia en Sevilla, la opulencia de Asia en Europa!”.

Ya en Tánger, Arlt vivió unos días agobiado por la multitud de esos lugareños que han hecho del asalto al visitante su forma de supervivencia (“El martirologio del turista en Tánger comienza al llegar al puerto”). Allí se indignó al comprobar que los niños marroquíes trabajaban desde los seis años, que las mujeres cultivaban la tierra en condiciones durísimas y que el matrimonio era un puro negocio mercantil en el que los padres organizaban el casamiento a sus hijos, convirtiendo a niñas de apenas nueve años en auténticas “prisioneras”. En este sentido, su experiencia en la “ciudad de los espías” se resume en la contradictoria sensación de amor y de odio que le generaba África, un continente que “por momentos nos seduce con su color y en otros emana de su carnaza una bestialidad tan repulsiva que aterroriza...”. Esta impresión negati-

va de los tangerinos contrastó con la de Tetuán, una ciudad de película, llena de color y de luz, de la que llegó a enamorarse hasta el punto de sentirse entristecido ante la idea de tener que abandonar para siempre ese laberinto de calles y aromas que tan honda impresión le había causado: “De todas las ciudades he partido contento, alborozado, por lo que esperaba conocer; pero cuando salí de Tetuán, tuve que mordirme los labios para no dejar escapar las lágrimas”.

El tercer y último capítulo de estas *Aguafuertes españolas* está conformado por los artículos que versan sobre Granada. Arlt inició su recorrido con la visita obligada a la Alhambra donde, por desgracia, no halló ese escenario de cuento con el que había fantaseado leyendo a Washington Irving: “Creo que se dan pocos casos en los anales del turismo que puedan igualar a la decepción que en grueso público, produce el palacio de la Alhambra. [...] salvo a los especializados en arquitectura, decepciona a casi todas las personas sinceras consigo mismas”. Tampoco le gustaron mucho más las falsas gitanas “abominablemente disfrazadas” que, por el precio de quince pesetas, se ofrecían a bailar con él en las cavernas del Sacro Monte: “Es mercadería falsa, para turistas. Estas gitanas son tan apócrifas como los apaches de París”. En definitiva, Granada le pareció una ciudad de usos y costumbres trogloditas, tomada por los mendigos (“Dudo que haya ciudades en España tan flageladas por la mendicidad”) y sobrevalorada por la imagen que de ella ha construido la literatura.

Cierra este periplo por la Andalucía profunda una breve reflexión –que sirve de epílogo– sobre la psicología de la masa española, cuya teoría principal es que, a pesar de todos sus defectos, enumerados y glosados con detenimiento a lo largo de las doscientas páginas de este crudo retrato, la mayoría de los españoles son personas “limpias, espontáneas y cabales”. En consonancia, concluye, a los literatos más importantes del periodo se les podría acusar de muchas cosas, pero nunca de no haber sido fieles a la imagen real de su pueblo:

Esta gente está más allá de la psicología. Son pasionales. En el cine les gusta algo, aplauden; les desagrada, silban a las sombras, abuchean a las

siluetas. De allí que la moderna literatura española carezca de esos escritores nerviosos engendrados por las epilépticas civilizaciones de Londres, Leningrado, Berlín o París. Se explica. Un escritor refleja la realidad social, y la realidad social de la masa española es sencilla en lo que atañe a la vida psicológica. Al menos en el Sur, que es lo que yo conozco de España. Aunque nos cueste trabajo admitirlo, la Pardo Bazán, Ricardo de León, los Álvarez Quintero reflejan mejor la psicología del pueblo español que sus Cansinos Assens, Ramón de la Serna, los Valle-Inclán, etcétera. A mí personalmente, la Pardo Bazán, Ricardo de León, Pereda, Azorín, me aburren y revientan... pero son verídicos.

Además de estas aguafuertes con trasfondo andaluz, Arlt escribió otras sobre diferentes regiones de nuestro país que, tras muchas décadas de condena al olvido, han sido rescatadas durante los últimos años en varios tomos –*Aguafuertes gallegas y asturianas* (Losada, 1999), *Aguafuertes madrileñas: presagios de una guerra civil* (Losada, 2000) o *Aguafuertes vascas* (Txalaparta, 2006) que, por distintas razones (se editaron en Buenos Aires por sellos de limitada difusión o están descatálogos desde hace años), son imposibles de encontrar para el lector interesado en un autor al que Ricardo Piglia definió en su recordada *Respiración artificial* (1980) como “el único escritor verdaderamente moderno que produjo la Argentina del siglo XX”. Por ello, y aun reconociendo el valor de esta reedición parcial, que se une al rescate de otros títulos arltianos –novelas y cuentos– al que desde el año 2012 han contribuido varias editoriales españolas independientes, animo a algún editor valiente a dar el paso definitivo y reunir en un solo volumen, bien editado y prologado, todas las aguafuertes españolas. Solo con una edición completa que reuniera todo ese material, los lectores españoles –más de los que parecemos– de Roberto Arlt podríamos tener, por fin, un panorama general de su etapa en España y de lo que significó para su biografía el largo año que pasó entre nosotros.



FRANCISCO FUSTER ES INVESTIGADOR POSDOCTORAL EN EL INSTITUTO DE LENGUA, LITERATURA Y ANTROPOLOGÍA (CCHS-CSIC). SU ÚLTIMO LIBRO ES EL ENSAYO *BAROJA Y ESPAÑA: UN AMOR IMPOSIBLE*.